

“La antesala del cielo”.

La experiencia litúrgica de Edith Stein en Beuron

Gerardo del Pozo Abejón

FACULTAD DE TEOLOGÍA SAN DÁMASO

MADRID

RESUMEN En el artículo se intenta ilustrar la atracción que Edith Stein sentía por la abadía de Beuron a partir del Sal 122, 1 (Qué alegría cuando me dijeron: vamos a la casa del Señor). La alegría de los judíos piadosos al llegar al templo de Jerusalén, lugar de la presencia de Dios en medio de Israel, es figura de la alegría cristiana por la presencia de Dios en el culto cristiano, celebrado con esmero en Beuron.

PALABRAS CLAVE Edith Stein, Beuron, alegría, liturgia, tiempo y eternidad.

SUMMARY *The article attempts to illustrate the attraction felt by Edith Stein for Beuron Abbey from Psalm 122, 1 (what a joy when they said go to the house of the Lord). The joy of pious Jews to come to the temple of Jerusalem, site of the presence of God among Israel, is a figure of Christian joy in the presence of God in Christian worship, held carefully in Beuron.*

KEY WORDS *Edith Stein, Beuron, joy, liturgy, time and eternity.*

El nueve de abril del año 1928, lunes de Pascua, Edith Stein visita por primera vez el monasterio benedictino de Beuron. Desde el primer momento entró en relación con el joven archiabado Rafael Walzer. Edith Stein tenía treinta y siete años. Hacía más de siete que se había convertido y había recibido el bautismo en la Iglesia católica. Había muerto Joseph Schwind, su hasta entonces director espiritual. Enseñaba en el liceo de las dominicas de Espira a cuyo convento se sentía muy unida. En Santo Tomás de Aquino había descubierto la posibilidad de vivir la dedicación a la ciencia como un acto de culto, había reemprendido la dedicación a la filosofía y estaba comprometida en diversas traducciones. Por encargo de la Asociación de maestras católicas y de diversos grupos feministas católicos venía dando conferencias sobre cuestiones pedagógicas y relativas a la mujer.

Desde esa primera visita hasta 1933, en que ingresa en el Carmelo de Colonia, visitó el monasterio unas veinte veces. Destaca por la regularidad y

duración la visita anual para participar en las celebraciones litúrgicas de la semana santa y la octava de Pascua de Resurrección. Durante esos seis años Beuron ocupa en el corazón de Edith Stein un puesto singular que no comparte con ningún otro lugar. Allí encontró una especie de patria monacal, hizo votos privados y reconoció en Dom Rafael Walzer a su “abad”, un acompañante comprensivo, atento y sensible a la vida espiritual. En *Cómo llegué al Carmelo de Colonia*, confiesa que consideraba el monasterio de Beuron como una “antesala del cielo” (Vorhof des Himmels). En varias cartas habla del tesoro que ha encontrado en Beuron y del “cielo en la tierra”. Pero ¿qué es lo que le atraía tanto de Beuron y hacía de esta abadía el “cielo en la tierra”?

El primer testimonio de Beuron es una tarjeta enviada a la familia Mayer en cuya casa se hospedó durante la primera estancia. Comienza con el Sal 122, 1: Qué alegría cuando me dijeron: vamos a la casa del Señor. Y prosigue: “Con la esperanza de que muy pronto pueda hospedarme otra vez en la casa del Señor junto al puente de madera”. La alegría por experimentar allí la presencia de Dios constituye el “cantus firmus” de todos los testimonios de Edith Stein sobre Beuron. Y el Sal 122 nos da, creo yo, la clave para interpretarlo. La presencia de Dios tiene que ver con la liturgia y el culto cristiano que allí se celebra y le permite reencontrarse con las raíces judías de la fe cristiana y de sí misma.

La liturgia cristiana allí celebrada está enraizada en la del Antiguo Testamento e imbuida de sus formas de expresión. Pero sobre todo en ella se rezan los Salmos del Antiguo Testamento y se recuerdan las acciones de Dios en favor de su Pueblo Israel. El 122 es un salmo de peregrinación a Jerusalén donde se halla el templo de Dios. La convocatoria es motivo de alegría para los peregrinos. Éstos aceptaban gustosos las muchas incomodidades del camino pensando en la meta. Y el ritmo de su corazón se aceleraba a medida que se aproximaba al lugar de la presencia del Dios vivo (Sal 85,2,8). El Sal 122 expone la impresión sentida por los peregrinos en el momento al llegar al templo: Ya están pisando nuestros pies tus umbrales, Jerusalén (v. 2). ¿Qué es lo que sentían los judíos piadosos en ese momento? Lo simplifico diciendo que tenían conciencia de que allí se encontraban personalmente con Dios y le correspondían como Señor del tiempo y fuente de vida, luz y plenitud.

En principio, el tiempo viene marcado por el ritmo del trabajo. Pero el tiempo del trabajo pasa volando bajo el cansancio y el lamento. El sábado

era para los judíos una señal especial de que el tiempo le pertenece a Dios. Quien santifica el sábado absteniéndose de toda obra, devuelve a Yahvé lo que sólo a Él le pertenece: el tiempo. Pero sobre la señal del sábado está el significado del culto festivo en el templo: Vale más un día en tus atrios que mil en mis mansiones (Sal 84, 11). El tiempo pasado en el templo, en la proximidad de Dios, es cualitativamente diverso del tiempo de las semanas y los meses, del marcado por el ritmo del trabajo. Es un tiempo pleno y plenificante. Participando en él puede decir el judío piadoso: tu amor (o tu gracia) vale más que la vida. Por eso te alaban mis labios (Sal 63, 4).

El gozo y la alabanza en el templo tienen, sin embargo, una dinámica interna que los lleva a irradiarse y prolongarse en la vida entera del judío piadoso: Quiero bendecirte en mi vida (Sal 63, 5). Bendeciré en todo tiempo a Yahvé (Sal 34, 2). La expresión del Sal 23, 6 (Y habitaré en la casa de Yahvé un sin fin de días) no es la confesión de un levita que permanece físicamente en el templo, sino de todos aquellos que han tenido la gracia de degustar y ver la bondad y salvación de Dios en el templo (Sal 34, 9). Dichosos los que moran en tu casa y pueden alabarte siempre (Sal 84, 5). Ésta es también la experiencia de Edith Stein en Beuron.

En una carta a la religiosa cisterciense Calista Brenzing (29 de abril de 1929) habla de “un destello de Beuron” (Einen Abglanz von Beuron): “lo que uno trae de allí (Beuron) es duradero. Y en 12 días se puede almacenar un tesoro que perdura largo tiempo y que ayuda a digerir todo lo que viene de fuera”. Este texto nos trae a la memoria inevitablemente las palabras de Jesús en Mt 6, 21: Donde está tu tesoro, allí está también tu corazón. De hecho, en una carta del 18 de enero de 1931 a la misma religiosa, se refiere a “mi querido Beuron”. Y luego prosigue: “Mi corazón aún está allí, y viene hacia aquí sólo cuando lo necesito; por lo demás, allí sigue, esperando hasta que vuelva otra vez, lo cual previsiblemente será en Semana Santa”.

A entender el destello y el tesoro que atrae el corazón de Edith Stein hacia Beuron puede ayudarnos una suya carta a la dominica Calista Kopf del 12 de febrero de 1928. Tras confesar que en Santo Tomás de Aquino ha aprendido a cultivar la ciencia como culto divino y desde entonces ha podido retomar la dedicación a la ciencia (filosófica), añade lo siguiente:

“De lo que únicamente se trata es de que uno realmente tenga un rincón tranquilo, en el que de tal manera pueda relacionarse con Dios,

como si nada existiese, y esto a diario: el tiempo más oportuno me parecen las primeras horas de la mañana, antes de comenzar el trabajo; es entonces cuando una recibe su misión especial para cada día, sin elegir nada por sí misma; en ese momento, finalmente, una se contempla a sí misma como mero instrumento, y las fuerzas con las que debe trabajar, en nuestro caso la inteligencia, como algo que nosotros no necesitamos, sino Dios en nosotros”.

Así como cada día necesitaba el momento matutino de encuentro personal con Dios, necesitaba volver a Beuron regularmente para repostar luz y energías espirituales, experimentar el contacto inmediato con Dios y su gloria, recibir de Él su misión para un tiempo determinado, ponerse totalmente en sus manos y a su servicio, y contemplarse primero para comportarse después como un instrumento que asiente libremente a la acción de Dios en ella misma. Esto es lo que Edith Stein atesoraba en Beuron y por lo que se sentía tan íntimamente atraída.

En una carta a su amigo Roman Ingarden del 13 de mayo de 1928 habla también de la experiencia de Beuron como “el cielo en la tierra”: “Los días de Semana Santa y de Pascua estuve en Beuron, y allí, en la abadía, he encontrado la imagen original (*Urbild*) de Bahr, *Cielo en la tierra* (si realmente es así no lo sé; hay ciertamente más abadías, donde se encuentra el mismo espíritu)”. *Cielo en la tierra* es un librito del literato Hermann Bahr, que Edith Stein había regalado a Roman Ingarden, pese a no identificarse plenamente con su contenido. Bahr dedica el libro al P. Willibrord Verkade, monje pintor de Beuron. Edith Stein imagina que la imagen original en la que se inspiró Bahr fue el monasterio de Beuron. Bahr sostiene que no hay que separar el más allá del cielo y el más acá de la tierra, sino que el más acá es la puerta para el más allá. Es en esta tierra donde podemos ganar o perder la vida eterna.

En todo caso, el dualismo se supera cuando el cielo es experimentado íntimamente como la presencia inagotable de Dios. Es lo que, según Edith Stein, sucede en la liturgia cristiana celebrada en Beuron. En ella se unen la Iglesia del cielo y la de la tierra. Juntas alaban, dan gracias y adoran a Dios por medio de Cristo en el Espíritu. Edith Stein veía encarnada en Beuron la figura de la “Ecclesia orans” y se sentía íntimamente llamada a vivir en el interior de la “Ecclesia orans” en la que se unen el cielo y la tierra. Edith Stein tiene ante los ojos la figura de Beuron cuando escribe que en la liturgia de la

Iglesia se unen la Jerusalén del cielo y la de la tierra; y explica que en ésta se hacen presentes incluso los querubines creados por la mano del artista que velan las formas visibles en torno al Santísimo, mientras sus imágenes vivientes, los “monjes angélicos”, rodean el altar del sacrificio y cuidan de que no se interrumpa la alabanza de Dios, “así en la tierra como en el cielo”. Recordando la figura y el porte de Edith Stein la primera vez que la vio rezando en la Iglesia de Beuron, escribe Rafael Walser: “Edith Stein era verdaderamente el prototipo de la Ecclesia orans que, aun estando radicada en el tiempo, es elevada más ella de él en la eternidad, y, en su unión íntima con Cristo, no tiene otra misión que realizar la palabra del Señor: “Me santifico por ellos, para que también ellos sean santificados en la verdad” (Jn 17,19).

La liturgia es en todo caso contacto con la eternidad de Dios, con su amor y belleza eternos. La participación en la liturgia en Beuron situaban a Edith Stein en el horizonte de la exhortación paulina: Estad alegres; os lo repito, estad alegres. El Señor está cerca (Flp 4, 4). Entendemos así por qué todos los testimonios de Edith Stein sobre Beuron están transidos de alegría.

Caldeadas por una experiencia de este tipo están las palabras con que abre una conferencia del 12 de abril de 1928 ante la Asamblea general de la asociación de maestras católicas en Baviera:

“Hace dos días partí de Beuron donde pude pasar los días de Semana Santa y de Pascua [...] en medio de la preparación para esta jornada. Apenas puede pensarse un contraste mayor: allí el valle tranquilo de la paz, donde se canta la alabanza del Señor día tras día y año tras año [...] y aquí esta asamblea, que se ha reunido para debatir sobre las cuestiones candentes del presente. Esto es casi como un salto del cielo a la tierra”.

Edith Stein contrapone el cielo, la paz y la estabilidad de la ocupación en la alabanza divina, a la tierra, la urgencia y la dispersión en las mil cuestiones de este mundo de los hombres. Alguien puede colegir que Edith Stein quería evitar el salto a la tierra de los hombres o que, al menos, lamentaba tener que hacerlo. No hay tal cosa. Dos meses antes, en la carta a la madre dominica Calista Kopf antes mencionada, explica el cambio que ha experimentado en el juicio sobre esa cuestión:

“En el tiempo inmediatamente anterior a mi conversión y después, durante un cierto periodo, llegué a pensar que llevar una vida religiosa significaría dejar de lado todo lo terreno y vivir teniendo el pensamiento única y exclusivamente en cosas divinas [...] Poco a poco, he comprendido que en este mundo se nos exige [...] que incluso en la vida más contemplativa no debe cortarse la relación con el mundo; creo, incluso, que cuanto más profundamente alguien está metido en Dios, tanto más debe, en este sentido, ‘salir de sí mismo’, es decir, adentrarse en el mundo para comunicarle la vida divina”.

Edith Stein había tomado conciencia y había asumido ya que la vida religiosa incluye también adentrarse en el mundo de los hombres para comunicarles la vida y verdad divinas. Es lo que va a vivir en las dominicas de Espira. En contacto con el espíritu dominicano, descubre y aprende a vivir de diversos modos la dimensión apostólica de la llamada de Dios. Pero la atracción que siente por Beuron sí refleja que, desde su conversión y bautismo, se sabía íntimamente llamada a consagrarse a Dios en la contemplación y la oración dentro del Carmelo. Es en la contemplación, en el trato amoroso con Dios, fuente y destino último de la vida donde ella unifica y esclarece su vida. Y en Beuron esto se veía favorecido por el espacio sagrado y claustral del monasterio y por la celda monacal. Pero la visión steiniana de Beuron como “cielo en la tierra” no se basa en una idealización del lugar o de la comunidad, sino en razones teológicas: la presencia especial de Dios en la liturgia que allí se celebra con esmero. Y esa presencia se da en todos los templos cristianos y en todos los monasterios y conventos. Por eso, en carta de 7 de mayo de 1933, disuade a la carmelita Elly Dursy de trasladarse a un monasterio benedictino con la esperanza de encontrar el cielo en la tierra:

“Estate convencida de que tú en Eibingen, Herstelle o Kellenried no tendrías el cielo en la tierra. Pues allí, tendrías que estar no sólo en el coro, sino que tendrías que habértelas con las personas que viven allí, y dejarte guiar por los superiores [...] Piensa, además, en esto: que no estamos aquí para tener el cielo en la tierra. Creo que si supieras algo más de esto, cómo miles de personas son empujadas a la desesperación, entonces anhelarías aliviarles en su mucha necesidad y sufrimiento”.

Cuando luego ingresa en el Carmelo, tampoco lo hace para desentenderse del mundo, sino para interceder por él ante Dios. Antes de ingresar, en carta del 26 de diciembre de 1932, había escrito a Anneliese Lichtenberger que existe una vocación a sufrir con Cristo y colaborar así a su obra redentora. Se trata de una idea fundamental de toda vida religiosa, pero especialmente de la vida del Carmelo: “interceder por los pecadores a través del sufrimiento voluntario y gozoso, colaborando de este modo a la redención de la humanidad”. El ingreso en el Carmelo no fue tampoco una huida o abandono de su pueblo judío entonces perseguido, sino todo lo contrario: cargar con la cruz que entonces Dios había puesto sobre el pueblo judío y consagrarse a la oración de intercesión por todos, y de modo particular por sus hermanos judíos. Es lo que se pone de manifiesto en una carta que escribe a Petra Brüning el 9 de diciembre de 1938:

“Confío [...] en que el Señor ha aceptado mi vida por todos. Una y otra vez he de pensar en la reina Ester, que justamente para eso fue sacada de su pueblo, para interceder por él ante el rey. Yo soy una pobre, impotente y pequeña Ester, pero el rey que me ha escogido es inmensamente grande y misericordioso. Esto es un gran consuelo”.

Edith Stein encontró descanso, luz y alimento espiritual en el trato con Dios no sólo en los “lugares amenos” y en los “huertos cerrados” de los claustros monacales, sino también entre los hombres sus hermanos. Más aún: supo hacerlo incluso en los infiernos del campo de concentración. Como atestiguan las cartas que envía desde las barracas de Westerboork días camino de Auschwitz, supo unir allí el trato con Dios (última carta: “hasta ahora he podido rezar maravillosamente”) y la compasión con los hombres (penúltima carta: “aquí hay muchas personas que necesitan un poco de consuelo, y esperan recibirlo de las hermanas”).

Hay otro aspecto de la concepción que Edith Stein tiene de la liturgia de la Iglesia y que puede ayudar también a entender la atracción de Beuron sobre ella en los años en que ella se dedicaba a la actividad docente y a las cuestiones pedagógicas: la capacidad de la liturgia para conformar desde dentro la vida del hombre. Confiesa a su amiga benedictina Adelgundis Jaegerschmid en relación a su actividad como conferenciante sobre cuestiones pedagógicas: “En el fondo es una verdad pequeña y sencilla la que siempre tengo

que decir: cómo se puede comenzar a vivir en las manos del Señor”. El objetivo de toda su actividad como conferenciante -y, en cierto modo, como docente- es enseñar cómo se comienza a vivir en manos de Dios. Pues bien, en una conferencia que tuvo en Salzburgo el 1 de septiembre de 1931, dice expresamente que “el impulso a vivir en las manos de Dios nos es dado por el mismo Dios en la liturgia de la Iglesia [...] A quien se une a la plegaría de la Iglesia en espíritu y en verdad, toda su vida debe configurarse según esta vida de oración”. Un año antes, el 14 de julio de 1930, había tenido una conferencia sobre Educación eucarística donde desarrolla ampliamente estas ideas.

Probablemente en una estancia en Beuron del 12 al 23 de abril de 1930 es donde prepara una conferencia sobre *Los fundamentos teóricos de la labor social de formación*, que tuvo en Nürenberg el 24 de abril de ese mismo año. En ella reflexiona sobre San Benito como el mayor educador de Europa occidental. Confiesa haberse inspirado en él en cuanto educador y haber observado su modo de proceder con quienes querían ser educados por él para la meta del cielo: “los organizaba como familia claustral, les hacía orar juntos, trabajar juntos, y los sometía en obediencia a un Abad, un Padre, que los dirige como cabeza a los miembros y que es responsable de ellos ante Dios”. Pero advierte que “San Benito es alumno de un maestro mejor: la Regla es una interpretación práctica del Evangelio de Cristo, sus familias monacales no son más que células bien desarrolladas y especialmente vigorosas en el gran cuerpo de la comunidad universal, que Cristo mismo fundó para la salvación de las almas, de la santa Iglesia”. En una conferencia del 5 de enero de 1933 sobre *La formación de la juventud a la luz de la fe católica* escribe que la “Regla de San Benito puede considerarse como una obra maestra del arte cristiano de educación”.

Con todo, Edith Stein no concibe la oración litúrgica como un instrumento meramente pedagógico o ascético al servicio de la formación del hombre. El culto litúrgico es sobre todo acto de adoración, alabanza y acción de gracias a Dios Padre por el Hijo y el Espíritu. El acto conlleva el encuentro y entrega mutuos, amistosos y duraderos con el Dios hecho hombre y entregado por los hombres. Es el punto cardinal de la vida interior de Edith Stein, que constituye al mismo tiempo la palabra central de los místicos y, concretamente, de Teresa de Jesús y Juan de la Cruz cuando hablan del matrimonio espiritual. En *La oración de la Iglesia* Edith Stein considera que “la corriente mística que discurre a lo largo de todos los siglos, no es ningún brazo perdido

que se ha separado de la vida de oración de la Iglesia, sino que es su vida más íntima...¿Qué sería la oración de la Iglesia (la liturgia) si no fuera la entrega de los grandes amadores a Dios, que es el Amor".